

**PALABRAS DEL SEÑOR PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA,
DOCTOR ANDRÉS PASTRANA ARANGO, EN LA
CONMEMORACIÓN DE LOS 10 AÑOS DE LA FIRMA DE
LOS ACUERDOS DE PAZ CON MOVIMIENTOS ARMADOS**

Santa Fe de Bogotá, 24 de abril del 2000

Hoy estamos realizando un acto de fe en Colombia: un acto que confirma, en el momento más oportuno, las inmensas posibilidades de la paz. Hoy conmemoramos un hecho histórico que nos brinda la más ejemplar lección de convivencia, de tolerancia y de inteligencia.

Y digo inteligencia, porque ésta es la cualidad máxima de la razón y lo que ocurrió, para bien de Colombia, hace 10 años, fue un rotundo triunfo de la razón sobre la fuerza. Fue un manifiesto de esperanza en el futuro del país, que desde 1990 estamos construyendo juntos, dentro de los cauces del entendimiento y la democracia, los entonces alzados en armas y toda la sociedad civil.

Hace 10 años, en Santo Domingo, Cauca, Carlos Pizarro Leongómez y los demás integrantes del M-19 renunciaron, en un gesto de coraje y de amor a su país, al uso de la violencia como medio para lograr sus objetivos políticos y decidieron

enfrentar el destino de la nación desde un escenario de convivencia política y apertura democrática.

Se requiere mucho más valor para buscar el apoyo de la opinión pública a través de la fuerza de las ideas, que bajo el amparo y la coacción de las armas. Y ese valor produjo grandes frutos, que hoy están a la vista.

Se culminaba así un proceso de diálogo y negociaciones que se había iniciado a principios de la década de los ochenta, cuando Jaime Bateman proclamó que lo más revolucionario no era hacer la guerra, sino hacer la paz. No fue un proceso fácil y sufrió los más grandes descabros que pudo tener proceso alguno, pero pudieron más la voluntad de paz y el espíritu patriótico que el círculo vicioso de la violencia.

Y así como ocurrió con el M-19, Colombia entera ha presenciado esperanzada durante los últimos 10 años la integración a la vida civil de los miembros del EPL, del PRT, del Quintín Lame, del Frente Francisco Garnica, de los Comandos Ernesto Rojas, de las Milicias Populares de Medellín, de la Corriente de Renovación Socialista y del MIR-COAR. Y en cada gesto de paz sentimos que florecía un pedazo de patria, sentimos que germinaba la esperanza de tener al fin una

Colombia libre de violencia, donde todos los colombianos construyéramos hombro a hombro un país más próspero y más justo.

Ha pasado el tiempo y con cuánta alegría vemos hoy a esos miles de colombianos que cambiaron las vías armadas por las vías de la paz, aportando su trabajo y su talento y comprometidos con tareas políticas, sociales y comunitarias en beneficio de sus compatriotas.

Ellos se han convertido en verdaderos multiplicadores de paz y su conducta de reconciliación les ha dado credibilidad ante un país cansado de guerra y de dolor. Allí los tuvimos hace 9 años en la Asamblea Nacional Constituyente, dignamente representados por Antonio Navarro Wolff en la copresidencia de la misma, debatiendo con los demás representantes de la sociedad civil sobre las bases políticas y jurídicas de nuestra nación. Los hemos visto en el Senado, en la Cámara, en las Asambleas Departamentales, en los Concejos Municipales y en las Alcaldías, ganándose en las urnas y con su trabajo esmerado el respeto de sus conciudadanos. Allí están también en la academia, en las empresas comunitarias, en las organizaciones no gubernamentales, en el campo y en la empresa privada, demostrando con hechos que la paz sí vale

la pena y que el coraje de cambiar el discutible poder de las armas por la fuerza de las ideas y la convivencia sí es recompensado.

Los miembros de los grupos firmantes de acuerdos de paz asumieron el riesgo de tomar el camino no siempre fácil de la paz en medio de un conflicto que todavía nos afecta. Algunos murieron a manos de quienes no entendieron el mensaje de la tolerancia y de la libertad. Pero la gran mayoría son hoy hombres y mujeres de bien, que hacen su trabajo por Colombia y para Colombia. Hoy están aquí para decirnos, y para decirles a aquellos que aún se obstinan en perpetuar la violencia, que están vivos y que están sirviendo a su gente.

¡Qué gran error cometen los intolerantes que, cegados por el odio, acaban con las vidas de quienes le apuestan a la paz!

Los que se comprometieron con el diálogo y la convivencia han sufrido importantes pérdidas, empezando por el mismo Carlos Pizarro, pero no por ello han retomado el camino de las armas o han desistido de su voluntad de construir un país mejor. Porque todos sabemos que no es con violencia como se acaba la violencia y que el odio sólo incuba nuevos odios.

Los viles asesinatos de Carlos Pizarro, de José Antequera, de Luis Carlos Galán, de Alvaro Gómez, de Jaime Garzón, de Chucho Bejarano, entre tantos otros mártires de nuestra democracia, no pueden ser el motivo para detenernos o para retroceder, sino, todo lo contrario, nuestra inspiración para continuar.

¡Cuánto daño, cuánta vergüenza, cuántos años adicionales de dolor, causaron al país los que asesinaron la alternativa política de la Unión Patriótica! La sangre derramada de Bernardo Jaramillo, de Jaime Pardo Leal y de centenares de colombianos que se unieron a su proyecto político es una espina clavada en el corazón de Colombia. Pero no puede ser el pretexto para no volver a intentar soluciones de paz.

¡No podemos dejar que ganen los intolerantes! No podemos aplicar la ley del talión del “ojo por ojo”, porque, como decía Gandhi, esto sólo nos llevaría a una humanidad de ciegos. Hoy tenemos que comprometernos todos en esta empresa de reconciliación y futuro. ¡Tenemos que romper el círculo de la violencia!

“Dejar las armas es romper el círculo”. Esta es la gran lección que los movimientos insurgentes que firmaron acuerdos de

paz en la última década del siglo XX nos están dando hoy a todos: a los alzados en armas que persisten en destruir en lugar de construir y a aquellos colombianos que creen todavía en las soluciones de fuerza. Es un mensaje de vida y de reconciliación para acallar al fin la cultura del odio y la venganza.

El proceso de desmovilización y reinserción en la vida civil ha tenido dificultades, como todo proceso humano, pero tenemos que seguir siendo unos obstinados de la paz. Para ayudar a este propósito, el gobierno nacional, a través de la Dirección General para la Reinserción, está procurando ayudar en la mejor forma posible a las personas desmovilizadas, en correspondencia a su voluntad de paz y de trabajo. Hoy el Programa atiende a más de 7.300 personas reinsertadas, cuyo núcleo familiar y ámbito de influencia alcanza a más de 40.000 personas, con un presupuesto de 20.000 millones de pesos, garantizando la seguridad social a aquellos de menores recursos, facilitando su capacitación y educación, y promoviendo con créditos blandos el montaje de proyectos productivos y asociativos.

¡Qué bueno constatar que el programa “Bachilleres para la Paz”, que atiende a desmovilizados y a sus familiares, ha

logrado que en los últimos 6 años 35.000 personas terminen su educación secundaria! ¡Qué bueno saber de tantos proyectos productivos exitosos llevados a cabo por desmovilizados, con buenas expectativas de ingresos para sus participantes y un positivo impacto social y en la generación de empleo!

Hoy Colombia recibe con admiración la grata noticia de que en Cauca los indígenas que alguna vez formaron parte del grupo Quintín Lame producen los mejores espárragos del país, exportándolos con éxito a los Estados Unidos y próximamente a Alemania y Japón. Y con el mismo buen resultado trabajan en la zona de Urabá varias empresas asociativas formadas por desmovilizados, que hoy exportan banano a la Unión Europea.

Qué reconfortante es ver a una ONG formada por varios desmovilizados del M-19 coordinando la reconstrucción de viviendas en Calarcá, después del terremoto del Eje Cafetero, con altísimos niveles de eficiencia, mostrando solidaridad con el pueblo colombiano en los momentos más difíciles.

Y así como éstos, son muchísimos los casos en los que los desmovilizados de los últimos 10 años nos demuestran que la verdadera lucha por el pueblo se hace trabajando por él y con él, arremangándose la camisa y poniendo manos a la obra,

pero dentro de los cauces de la civilidad: con azadones, con libros, con ladrillos, con computadoras, es decir, con las armas de la paz: ¡las únicas que debemos esgrimir por Colombia!

Para apoyar el montaje de importantes proyectos productivos y asociativos, la Dirección General para la Reinserción destinará este año la suma de 10.000 millones de pesos, que es la mitad de su presupuesto para el año 2000.

Ustedes, los que firmaron y cumplieron los acuerdos de paz de la última década, han tenido oportunidad de conocer el país, con sus urgentes necesidades, desde dos ópticas: primero en la lucha armada y luego desde el trabajo comunitario, bajo la sombra propicia de la paz. Ustedes saben que la Colombia pobre, marginada y olvidada no puede seguir esperando y que se hacen necesarias soluciones prontas y efectivas, porque sólo así podemos consolidar, más que la paz, la justicia social.

El Plan Colombia que ha diseñado mi gobierno como una estrategia integral que incluye el proceso de paz, la lucha contra el narcotráfico, la reactivación económica y el fortalecimiento de las instituciones, no es un plan guerrerista, como han querido presentarlo algunos. El Plan Colombia es el Plan Social para la Colombia del Siglo XXI, y dentro de él hay

más de 3.000 millones de dólares que serán destinados a programas de alto contenido social.

Mediante el Fondo de Emergencia Social invertiremos 900 millones de dólares en el desarrollo de tres programas básicos: “Manos a la obra”, con el que generaremos 250.000 empleos directos, mediante la construcción de proyectos de infraestructura social en todo el territorio nacional; “Subsidios a las Familias Pobres”, a través del cual entregaremos subsidios directos a las familias más necesitadas, especialmente a aquellas donde hay mujeres cabeza de hogar, sólo a cambio de que sus hijos asistan a la escuela y que tengan un adecuado control de salud, y el tercer programa es el de “Capacitación de Jóvenes Desempleados”, con el que se mejorarán las oportunidades de trabajo a 90.000 jóvenes colombianos de los estratos 1 y 2.

Además, también dentro del Plan Colombia, invertiremos más de 2.000 millones de dólares en programas de Desarrollo Alternativo Integral y de Atención Humanitaria y Derechos Humanos.

Y así como avanzamos con decisión en lo social, tenemos que hacerlo también en lo político. Hace 10 años con el M-19 y

desde entonces con todos los otros grupos con los que se han firmado acuerdos de paz, lo que se negoció no fue una simple dejación de armas y las condiciones de la reinserción. Entonces hubo un compromiso de realizar entre todos una trascendental reforma a las costumbres políticas y las instituciones del Estado, y este compromiso se vio plasmado en la Asamblea Nacional Constituyente que redactó una nueva Constitución, con la participación de 19 miembros desmovilizados del M19, además de representantes del EPL, el PRT y el Quintín Lame.

Y si en las justas democráticas para la elección de los miembros de la Constituyente el M-19 obtuvo casi un millón de votos es porque el pueblo colombiano responde así a la voluntad de paz y de cambio, cuando ésta es sincera y se demuestra con actos de valor civil, como la dejación de las armas y la renuncia a la violencia.

Entonces se lograron importantes avances en la modernización de las instituciones y la búsqueda de una democracia más participativa. Pero hoy, 9 años después, nos damos cuenta de que queda todavía camino por recorrer y de que el pueblo mismo exige reformas más drásticas para purificar la política,

combatir a los corruptos y hacer más democrático el acceso a los cargos de representación popular.

Por eso, interpretando la voluntad del pueblo colombiano, he propuesto dar un paso más, convocando a un referendo que complete la importante obra de los constituyentes de 1991 y le dé más dientes a la lucha contra la corrupción.

Y debo decir que para mí ha sido muy significativo ver a los mismos constituyentes que de parte de los desmovilizados contribuyeron a la creación de la Constitución de 1991 sumarse entusiastas a esta propuesta y asumirla como suya propia, tal como lo ha hecho ya la inmensa mayoría de los colombianos.

A todos ellos les digo hoy que su apoyo al Sí es bienvenido, porque corresponde al sentir profundo de nuestra gente. Ya somos muchos los que estamos llevando con alegría y decisión la bandera del Sí: ¡Sí a mayor transparencia en la política! ¡Sí a mayores instrumentos contra la corrupción! ¡Sí a menos y mejores congresistas! ¡Sí a mayores sanciones a todos los servidores públicos que traicionen la fe de su pueblo!

Hace nueve años, cuando se integró el nuevo Congreso después de la Constituyente, la Alianza Democrática M-19

obtuvo 9 senadores y 14 representantes, con una muy buena votación. Sin embargo, la proporción de su participación en el Congreso fue muy inferior a la proporción que le hubiera correspondido de acuerdo a su número de electores. Y el motivo de este desfase fue la llamada “Operación Avispa”, promovida para evitar el acceso al poder de los nuevos movimientos y seguir eligiendo a los mismos de siempre.

Con el sistema de lista única por cada partido o movimiento político que estamos proponiendo en el referendo, cada partido o movimiento tendrá la representación que en justicia le corresponda, sin someterse al engaño numérico del “residuo”. Retomando el ejemplo de la Alianza Democrática M-19 en 1991, con el sistema que proponemos este grupo habría obtenido una representación por lo menos el 50% mayor que la que logró, más coherente con su verdadera fuerza electoral. Con este cambio, en adelante todos los colombianos independientes tendrán mucho más oportunidades de obtener representación, incluidos los grupos guerrilleros que en el futuro firmen acuerdos de paz, como esperamos todos los colombianos.

¡Este es un referendo para la paz y para la participación democrática!

Amigas y amigos desmovilizados:

Ustedes son el mayor ejemplo para quienes hoy caminan el sendero de los procesos de paz, que ustedes ya recorrieron, de que lograr la paz, abandonar las armas y trabajar juntos y en armonía por Colombia sí vale la pena.

Yo quiero recordar hoy la última orden que dio Carlos Pizarro Leongómez el 8 de marzo de 1990 en las montañas del Cauca, porque su voz es hoy la mejor invitación para todos aquellos que aún persisten en los caminos de la violencia. Hoy tomo prestadas sus palabras y les digo a los compatriotas que todavía no están aquí, construyendo con nosotros: *“Por Colombia, por la paz, ¡dejad las armas!”*.

Muchas gracias.